

decantó su postura de defensa ante el olvido del sacrificio anónimo, que le valió las acusaciones de envidioso de Cortés, de desmedida supervaloración con respecto a aquél burdamente expresada.

Tras no pocas incidencias, el manuscrito se publica en 1905, evidenciando la manipulación sufrida en la copia editada por el mercedario Alonso Remón en 1632. Hoy, depurado y fijado el texto original, se nos presenta como fuente imprescindible para la historia americana a través de la experiencia vivida y recordada por el gran cronista-soldado que maduro y consciente de su importancia ofreció al mundo su testimonio de uno de los principales episodios de la conquista.

Pedro de Cieza de León está presente en la colección «Crónicas de América», con su *Primera parte de la Crónica del Perú*, en edición con estudio preliminar y notas de Manuel Ballesteros, quien valora justamente la obra de Cieza, considerado no sólo como el iniciador de la historiografía peruana, sino uno de los testigos activos de la conquista más curioso y preocupado por dejar constancia escrita de lo que iba viendo, incansable viajero y documentado autor.

Como es frecuente entre los primeros cronistas, su obra maltratada, parcialmente conocida y utilizada por otros cronistas e historiadores ha debido esperar demasiado tiempo para verse impresa en su totalidad.

En ciento veintiún capítulos se describen paisajes y se habla de gentes de las extensas tierras que van de Cartagena de Indias al Collao, la región del lago Titicaca, en un período de viajes y observaciones que comprende de 1535 a 1550. Agudo observador y escrupuloso testigo, registra los más variados datos relativos al medio natural, a los diversos pueblos y culturas con los que entra en contacto, remontándose en el tiempo y describiendo los restos materiales y las tradiciones de un pasado remoto, recreándose en lo curioso y legendario, documentado con testimonios orales y acusando los efectos de la conquista, los hechos y actividades de los castellanos y sus relaciones con los indígenas.

Se trata de una valiosa descripción introductoria a la que sigue una segunda parte referida a la compleja organización incaica conocida por *El señorío de los incas*, de la tercera, *Descubrimiento y conquista del Perú* y la última, en parte inédita, referida a las guerras civiles del Perú, que constituyen la más completa información sobre el tema.

Dos obras en un volumen cierran el de los aparecidos hasta el momento en «Crónicas de América», los *Naufragios* y los *Comentarios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en edición y con estudio preliminar de Roberto Ferrando.

La primera constituye un vivo relato de aventuras, un alegato de habilidad por la supervivencia en la que el autor cuenta su odisea desde su accidental llegada a Florida, por desviarse su nave, iniciando un periplo por tierras tan desconocidas como inesperadas del que sólo quedaron cuatro supervivientes, tras diez años de sufrimientos. Escrita como relación de méritos, se imprime y alcanza gran difusión, proporcionando a Cabeza de Vaca una fama que le vale el nombramiento de gobernador del Río de la Plata, a donde acude con intención de ayudar a los supervivientes de la expedición de Pedro de Mendoza. Explorador empedernido y gran conocedor de las formas de vida indígenas, con quienes convivió en el norte, llega a las fuentes del Paraguay.

Sin embargo, el exceso de poder y la enemistad con los colonos, terminan en abierto enfrentamiento y sublevación, haciéndole prisionero y enviado a España, donde es juzgado y condenado.

La segunda obra, los *Comentarios*, escrita por su secretario Pero Fernández con la intención de aportar un alegato favorable a su gestión, pero inspirada o tal vez dictada por él mismo, no llegó a surtir tal efecto al ser neutralizada por los testimonios de sus enemigos, originando una polémica aún no resuelta sobre la actuación de ambas partes.

Desde 1555, ambas obras se editaron juntas y trascendiendo los fines particulares para los que fueron escritas, a pesar de referirse a los dos subcontinentes, hasta el presente se entienden como unidad inseparable en la vida aventurera de Alvar Núñez.

La colección «Crónicas de América» acaba de empezar, siguen a estos primeros títulos *El señorío de los incas*, de Cieza de León; *Visión de los vencidos*, de León-Portilla; *Relación de las cosas de Yucatán*, de Diego de Landa; *Descubrimiento del río Apure*, de Jacinto de Carvajal, y está prevista la edición del *Diario de Colón*, las *Cartas de Cortés*, así como los relatos de Pigafetta, Federmann, Schmidl, Jerez, Hernández, Teixeira, Motolinía, Las Casas y un largo etcétera, con la pretensión de ofrecer una colección especializada en el mundo americano, que con criterio moderno y textos depurados permita la fácil localización de obras dispersas y desigualmente editadas, en una meritoria iniciativa de *Historia 16*, que no dudamos se ampliará a los inéditos que aún en nuestros días esperan en archivos y venerables instituciones su redención desde el pasado, ocupando el lugar que les corresponde en lo que puede ser una de las grandes colecciones historiográficas sobre el Nuevo Mundo, acorde con las exigencias del tiempo en que vivimos.—LORENZO E. LÓPEZ Y SEBASTIÁN (*Esquilache*, 12, 3.º dcha. 28003 MADRID).

Acrópolis *

Leer una novela de Rosa Chacel es penetrar en un discurso mental tan seductor como complejo, o mejor dicho, tanto más seductor cuanto más complejo; es adentrarse en una selva y, aunque con frecuencia los árboles no dejan ver el bosque, sentirse avocado a seguir sin detenerse a formular la pregunta «¿por qué?». El porqué, sin embargo, es evidente e importante. La misma Rosa Chacel, en un capítulo de su novela inacabada *El pastor*¹, nos da una pista: «La comunicación consistía en una especie de conformidad mutua, cada uno asentía al rumbo mental del otro, fuese el que fuese». Esto es lo que le sucede al lector cuando penetra en la obra de la escritora vallisoletana: asiente, alcanza la conformidad; y lo que la escritora hace es, en cierto modo, obligarle a ella: «El que habla —afirma²— quiere llevar, a la fuerza, al que

* ROSA CHACEL, *Acrópolis*, Barcelona, Seix Barral, 1984.

¹ *El Urogallo*, núm. 3, junio-julio, Madrid, 1970, pág. 24.

² *Acrópolis*, pág. 10.

escucha, al secreto lugar donde está escondido el cofre porque en el cofre está *su* tesoro —el del que habla—. Esta frase pertenece a la segunda página de su última novela *Acrópolis*. De entrada, pues, se nos comunica en ella la voluntad de la autora de obligarnos a seguirla a un terreno concreto, nada menos que el de su propio ser.

Pero Rosa Chacel afirma que la novela empieza en la página 308, a la que debía preceder una página en blanco para señalar el gran espacio temporal que la separa de la anterior y que, por un desdichado error editorial, falta. Además, según ella, todo estaría dicho en una frase de la última página (la 367) que dice: «Pase lo que pase, lo que pase no será más que lo que ahora es, lo que está siendo, porque ello, en total, no es más —nunca será más— que *la reyerta de dos madres a la puerta de la Iglesia...*» El nudo de la historia narrada —historia que se inicia en su novela anterior *Barrio de Maravillas* y que seguirá en la ya iniciada *Ciencias naturales*—: un amor imposible debido a la diferencia de clases sociales de sus protagonistas, que a su vez simboliza lo inconciliable de las dos Españas, serían, pues, estas palabras: y serían un nudo donde convergen los distintos hilos del tejido, los personajes y espacios, podríamos decir los personajes portadores de espacios, cuyo ser actual consiste en tomar conciencia de su inserción en el tiempo, lo que algunos hacen por medio de su despertar vocacional (Isabel y Elena), y otros a través de la política (Luis) o bien profundizando en sus actitudes vitales (Laura y Martín).

Ahora bien, veamos qué palabras son aquellas con las que se inicia la página 308. Las palabras son: «Y yo, mientras tanto, pensando en otra cosa». Se ha dicho que en los dos primeros acordes del preludio del *Tristán e Isolda* de Wagner se halla comprendida toda la ópera; la misma Rosa Chacel ha hablado repetidamente de que todo estaba ya «antes, si puede ser antes»³. Siguiendo esta teoría la frase mencionada sería condensadora de la novela. Por de pronto, si nos fijamos en el comienzo real de la narración (la página 9), constataremos que la primera palabra encierra ya «otra cosa», esta palabra es «paradoja», y va seguida muy de cerca del adjetivo «laberíntica». Pero esta «paradoja», esta «otra cosa», no nos llevemos a engaño, no es más que «lo mismo», el *todo* que pronto uno de los personajes, Martín, propone estudiar como si «fuera una sola cosa»⁴. Ese captar el todo como una sola cosa es, precisamente, la capacidad intuitiva bergsoniana que Rosa Chacel describe como «un sentido, un tacto especial de todos esos engranajes; que en el primer momento ni el sujeto mismo puede explicarse y le hace decir: lo intuyo irracionalmente. Es cuando en ese interior se tiene una sensación de los engarces, lo que llama también Baudelaire «las correspondencias». Al que percibe así, a golpe de vista interior, esas correspondencias, puede parecerle que se trata de adivinación, pero eso es intuición. Es un conocimiento interior que puede parecer irracional, porque no se ve su razonar; es algo a lo que podríamos darle un sentido técnicamente musical: un acorde. Se pesca ese acorde, unión de notas que puede parecer que anda cada una por su lado, pero que unidas tienen un sentido.»⁵

Junto a ese acorde que se alcanza «a golpe de vista interior», hay que situar otro en cuya génesis interviene el mundo externo, y de ambos surgirá la imagen integral

³ En *Desde el amanecer*, Madrid, Revista de Occidente, 1972.

⁴ *Acrópolis*, pág. 19.

⁵ Entrevista con Rosa Chacel en *Camp de l'arpa*, núm. 74, Barcelona, abril de 1980.